Diario Sur
17 noviembre 1985

Breve muestrario de despropósitos (I)

La gitanofilia y la gitanofobia, me parecen actitudes que no están justificadas en el fenómeno del flamenco. Para mí, este asunto está muy claro: los gitanos que viven en España son ciudadanos españoles y, particularmente, los de Andalucía son andaluces y, el tema, en este sentido, no debe tener más conversación.

Pero la tiene, y mucha, y de dudoso sentido. Así que, tan pronto me adentré en el estudio histórico del cante, empecé a leer una serie de opiniones sobre los gitanos y el flamenco, curiosas y dignas de ser referidas y comentadas. Y aunque mi capacidad de asombro ya va siendo bastante limitada, no dejaron de sorprenderme. Por supuesto que los gitanos no tienen arte ni parte en esta cuestión: lo suyo es cantar —o bailar— en cuanto al folklore musical andaluz se refiere, y eso es lo que hicieron, y hacen, y me parece muy bien. Sin embargo, encuentro oportuno darse una vuelta por algunas de esas opiniones a las que me refiero, de aquí y de allá, todas de letra impresa que tienen, por lo menos, un rato de guasa. Me voy a limitar a citar los «milagros», dejando a los «santos» en sus pedestales y que el parnaso flamencólogo les sea propicio.

Veamos pues, este pintoresco texto que dice así: «Cabe hacer una distinción en las letras. Las gitanas de aquella época suelen tratar con preferencia de la propia vida. Son intensamente personales y autobiográficas y se percibe que no nacieron para ser cantadas ante un auditorio, sino en la intimidad de la vida familiar». El autor en varias coplas, de las que traigo aquí la más significativa según el orden de su exposición:

«Por Puerta Tierra
no quiero pasar,
porque me acuerdo de mi amigo [Enrique
y me echo a llorar».

A continuación cita unas cuantas letras, según él, netamente andaluzas, de las que, por igual razón, destaco la siguiente:

«La nieve por tu cara
pasa diciendo:
donde yo no hago falta
no me entretengo,
porque la nieve
donde no hace falta
no se entretiene».

Y nos receta lo que sigue: «Estas letras son, a nuestro juicio, más literarias y pretenciosas; expresan sentimientos comunes más que singulares; algo las impulsa hacia afuera; son versiones populares, muchas de ellas, de poesías cultas; tienen del piropo, del teatro, de la lírica, de la zarzuela, han brotado de un ambiente literario-musical, pero no trascienden el «ay» profundo e íntimo, no exteriorizan un hombre concreto, sino el hombre... Apelar a la nieve y hacerla hablar, presupone un refinamiento literario más que una emoción y todo apunta rumbo a lo teatral. No así las sencillas y humildes letras gitanas que en su falta de melodramatismo y de preciosismo evidencian su autenticidad emotiva y su carencia de pretensiones literarias».

¿Lo han leído bien, verdad? Pues verán: literario se refiere, como es obvio, a la literatura que es, según la academia, un arte bello que emplea como instrumento a la palabra. Así que, algo más bello artísticamente, no debe ir con el cante por lo visto según lo que puede deducirse. Pretencioso, quiere decir que desea más de lo que es y, la verdad, no sé qué es lo que pretende la «nieve», sino dejar sentada la claridad de un rostro femenino que no necesita más blancura, y sanseacabó. Lo de que dicho segundo texto sea melodramático en comparación con el recuerdo de la muerte de una persona, no hay por donde cogerlo. Versión popular: muy bien, en ello estamos. Piropo, de acuerdo, sigue siendo popular y, en ello, vale. Hablar en sentido universal de las cosas del hombre, no sé a qué viene. Tan universal es el llanto como el bien decir de un rostro de mujer. Y siguiendo en el juicio de falta de méritos del cante payo, lo del refinamiento, que según el diccionario en la mano quiere decir «esmero y cuidado», parece deducirse que no hay que esmerarse demasiado en el texto de una copla, así que al bulto y a lo que salga. Lo restante que aduce el autor de estas opiniones no pasa de ser una exposición subjetiva.

Y ahora, viene lo bueno, ahí tienen un párrafo de Angel Alvarez Caballero, de su «Historia del cante flamenco», página 48, edición de Alianza Editorial: «Se recuerda una célebre copla que improvisó Silverio, yendo camino de San Fernando, al pasar ante el cementerio y acordarse de que allí estaba enterrado Enrique Ortega, su amigo entrañable y también gran cantaor, mandó parar el coche y allí mismo cantó a palo seco...». Y nos añade la copla del llanto por su amigo Enrique, que cita el autor del curioso texto que nos ocupa, como gitana. Enrique Ortega era tío carnal de Rafael (el Gallo) y Joselito, de raza gitana, gran cantaor. Pero, el caso concreto es que, Silverio, el que improvisó la copla, era payo, de ascendencia italiana. La misma anécdota nos la refiere también Julián Pemartín en su «El cante flamenco».

De todas formas, antes de escribir algunas cosas hay que amarrarse los machos. Pienso, al fin, que este tipo de comparaciones están fuera de lugar. No hay letras gitanas ni letras andaluzas: sino buenos o malos textos literarios. Y nada más.

Sigamos, pues, con los despropósitos. Y presten atención a este párrafo que, también tiene mucho que digerir: «Pero en lo más hondo de su exacta turbulencia expresiva, el cante no alude al futuro de un pueblo, sino a su drama; no alude a la rebelión de un padecimiento, sino a su intensidad; es rico en rabia, pero no en organizado coraje; la organización tiene fe, no la desolación. La desesperación que hay en el cante no puede controlarse más que en el cante mismo».

Y sigo. Y ahí va otra participación en este desconcierto: «El cante, como un caballo malherido, con un brillo de colérica mansedumbre, como un árbol de llanto en donde maduran viejas acusaciones y cuya sombra es una erizada resignación. Llamaba, despacito, con nudillos gitanos, al portalón del porvenir».

Y volvemos al tema de la desolación. Voy a dejar una letra —entre otras muchas similares— de una siguiriya gitana para mayor abundamiento de tan extremosos planteamientos:

«No sargu la luna
que no tieé pa qué;
con los ojitos e mi compañera
yo me alumbraré».

Y vayan buscando esa vieja acusación y ese caballo malherido, y a ver si tienen suerte y se lo encuentran por alguna parte.

Seguiré con el tema próximamente, insistiendo en lo de «breve muestrario», porque si se quisiera revisarlo a fondo, daría para un libro de considerables y esplendorosas proporciones. La verdad es que, a mí, me van resultando sospechosas ciertas posturas ante el flamenco con relación a los gitanos y a los moriscos, porque las cosas están intencionadamente distorsionadas, o lo parece. Abunda, pues, la ignorancia, la ligereza, la rutina, la falta de información y una latente intención antiandaluza, como verán en la segunda parte de este escrito. Y los gitanos, sin comerlo ni beberlo. Y uno se pregunta: ¿A qué viene ese incontenible deseo, sin base alguna, de hurtarle a lo andaluz las primicias y esencialidades del flamenco?

José Ruiz Sánchez
De la Real Academia de Bellas Artes de San Telmo